

Paz y Reconciliación en la Frontera Sur de Europa

José Antonio Benítez cmf

Como misionero claretiano destinado en un barrio de suburbios en Las Palmas de Gran Canaria, estoy emplazado a ser autor de Paz y Reconciliación. Intento vivir esta realidad encarnándolas con sencillez y esperanza, fomentando la comunión desde una presencia samaritana por los caminos de la exclusión, el descarte y la pobreza, y desde una realidad muy estigmatizada como es la inmigración, y donde el sufrimiento de estas personas tan vulnerables tiene unas resonancias muy especiales, tanto en mi comunidad claretiana, como en las dos comunidades parroquiales que tenemos la suerte de compartir. Aspiramos a suscitar los valores del reino: la paz, la reconciliación, la justicia, la vida y los derechos para todos, sin duda asumimos una postura profética y transformadora. Buscamos en nuestra forma de plantear y vivir la misión desde un nuevo paradigma que respete la dignidad de cada persona.

Por ello, vivir la paz y la reconciliación desde y en esta realidad me exige, y nos exige, a mi y a mi comunidad misionera a tejer redes de comunión con otros, especialmente, con todas esas personas y realidades que ponen al ser humano en el centro, y a ser creador de una comunidad de iguales, de hermanos, sin racismo ni xenofobia, más fraterna y solidaria sintiéndome parte activa de una colectividad mucho más amplia, comprometiéndome en el barrio, en la ciudad, y solidarizándome con lo que está sucediendo hoy en nuestro mundo cada vez más inhumano, en ese modo concreto de identificarnos con “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren”.

Nuestro hermano Casaldáliga nos interpeló a los creyentes con una propuesta profética: ¿Queremos salvar el sistema o queremos salvar la humanidad? Desde la óptica concreta de acompañar a las personas migrantes, a los últimos y descartados por este sistema inhumano es evidente que queremos estar y salvar la humanidad, y nos posicionamos, también hoy, de parte de los más vulnerables. Para ello es necesario un continuo discernimiento para vivir en mayor coherencia con las necesidades reales de estos hermanos nuestros. Por desgracia, últimamente, hemos tenido la oportunidad de ser espectadores de situaciones esperpéntica dentro de la misma realidad eclesial. Creer en la paz y en la reconciliación es trabajar y luchar por ella sin tirar la toalla aun en los momentos conflictivos, que no son pocos. La esperanza, mientras trabajamos por esta fraternidad todavía lejos, es la mejor experiencia de que estamos movidos por ese Espíritu creador que todo lo hace nuevo.

Lo cierto es que por delante seguimos teniendo algunos desafíos: En primer lugar, para ser hermano y vivir la fraternidad, desde este ministerio de la Paz y la Reconciliación, y no solo desde esta realidad de la migración, se requiere ser buscadores infatigables de lo esencial, y es que nuestro Dios es Padre de toda la humanidad. También de las personas migrantes pobres que estamos excluyendo. Se hace urgente poner la mirada más que nunca en que todos somos personas dotados de una dignidad intrínseca y extrínseca que nadie puede despojarnos de ella. En segundo lugar, debemos promover, por un lado, una espiritualidad de la comunión que nos capacite para sentir al otro, al

distinto, como hermano como “uno que me pertenece”, sencillamente, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Y, por otro lado, se hace urgente, progresar en la espiritualidad de ojos abiertos para ver y hacer propio el dolor y sufrimiento ajeno, así como detectar la vida que surge en los márgenes de nuestra sociedad. Y, por último, crecer en la solidaridad, continuar el secular ejercicio del compartir, lo que somos y tenemos, en todas las direcciones y en todos los ámbitos de la existencia, sobre todo con los más desfavorecidos, y en concreto con esta realidad humana que nuestro mundo con sus políticas deshumanizadoras tanto hace sufrir.

José Antonio Benítez cmf